



















grandeza, sino que también las principales raíces de la estética barroca mexicana, como lo afirma Justino Fernández, se hunden profundamente en dicho terreno anímico.

La correlación temática que se ha hecho manifiesta entre los estudios de los tres distinguidos maestros de la Facultad de Filosofía y Letras, tanto en la orientación de sus inquietudes intelectuales, como en los resultados obtenidos por cada uno de ellos, se explica por su formación académica, desde luego, pero también y en grado muy considerable, gracias al intercambio de ideas propiciado por la relación profesional y amistosa que unió a los desaparecidos con el doctor O'Gorman. Además, los tres autores, hacia 1950 —cuando su madurez intelectual y su talento eran ya notables dentro de las aulas del viejo y añorado edificio de “Masarones” (en donde se alojaba entonces dicha Escuela de Altos Estudios)— tomaron conciencia y preocupación por la valoración de “lo mexicano”, gran tema que ocupaba la atención de los intelectuales de esos años. Por otra parte, el método historicista, del cual el doctor Edmundo O'Gorman es su más preclaro y pulcro representante, fue adoptado también por los doctores Fernández y De la Maza. Así, los tres historiadores, cada uno con las características propias de su personalidad y sensibilidad, se expresaron dentro de una misma dialéctica.

Los presentes comentarios sólo han querido destacar una de las varias ideas con las que el doctor Fernández, incansable investigador, enriqueció el conocimiento del arte novohispano. A su inteligencia y sensibilidad artísticas dedico estas breves líneas con el más sincero deseo de haber hecho justicia a sus intenciones historicistas, honor a su gran calidad de maestro y a su inolvidable y querida persona.